

La violencia fronteriza y la política de la imagen

Héctor Domínguez
Ruvalcaba

Los voceros del gobierno del Estado de Chihuahua, de la iniciativa privada y un amplio sector de la sociedad juarense opinan que el caso ampliamente conocido de las mujeres asesinadas y aparecidas muertas en esta ciudad fronteriza, ha sido tratado irresponsablemente en los medios, en diversas publicaciones literarias y académicas, así como en numerosas expresiones artísticas, pues han producido una mala imagen de la ciudad. Esta molestia señala, entonces, un exceso en la visibilización de la violencia. La imagen de Ciudad Juárez como ciudad violenta ha entrado de lleno a la televisión más vista en Estados Unidos y en México. Son numerosos los reportajes, programas especiales o simples cortes noticiosos en los canales de Univisión, TV Azteca y Televisa, e incluso en cadenas como Fox, CBS, CNN, así como también en periódicos no solamente locales como *El Paso Times*, *El Norte* y *El Diario*, sino además regionales como el *Dallas Morning News*, el *Arizona Republic* y los de mayor circulación como el *New York Times*, *el Reforma* y *La Jornada*. Por otra parte, infinidad de páginas de Internet han puesto especial atención a este tema, así como muy difundidos documentales y hasta

Dossier



**UN FANTASMA
QUE RECORRE
EL MUNDO**
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

1 Este trastrocamiento de la socialización del espacio público al privado, se propicia también con el uso intensivo del Internet, ya que, en apariencia, es posible obtener casi todo desde el interior de una habitación: pedir alimentos a domicilio, estudiar a distancia, hacer pagos, "ir de compras" e incluso relacionarse con otros a través de la Red.

2 Bolívar Echeverría afirma que "la actitud dominante en la opinión pública acerca de la violencia ha cambiado considerablemente, si se la compara con la que prevalecía a finales del siglo pasado". Señala que entonces, aunque se repudiaba el empleo de la violencia como recurso político contra las instituciones estatales establecidas, se justificaba, sin embargo, como legítimo en ciertas coyunturas históricas o regiones geográficas, y para ejemplificar, pregunta que se podía objetar a la violencia de los "camisas rojas" de Garibaldi, si había actuado no sólo en bien del progreso y la libertad, sino además en Italia. Para un análisis interesante sobre el binomio Estado-violencia, ver Bolívar Echeverría, *El mundo de la violencia*. UNAM/FCE, México, 1998.

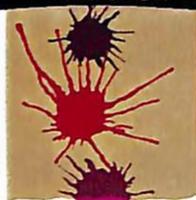
3 Mabel Piccini, "Tiempos de oscuridad: el rayo que no cesa". *Debate Feminista*, 25, 13 (abril, 2002), p. 35.

4 Bourdieu, "Neoliberalismo: la lucha de todos contra todos" (trad. Claudia Martínez) [en línea]: www.rebellion.org/sociales/bourdieu260302.htm (copyright: Pierre Bourdieu y Clarin, 1998)





Dossier



UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

cine de baja calidad y canciones de grupos populares como el Tri, los Tigres del Norte y la cantante Alejandra Guzmán.

Este despliegue de producción simbólica parece haber herido susceptibilidades celosas del bienestar de un objeto abstracto y difícilmente definible: Ciudad Juárez. "La ciudad ha sido victimizada", "hablo en nombre de la ciudad", "eso es sólo mala propaganda que mancha la imagen de la ciudad", son algunas de las variantes que hemos escuchado de diversos emisores, a manera de reclamos orientados a silenciar las voces que hacen referencia a la violencia perpetrada en esta ciudad en los últimos años. Ellos declaran que hablar de la violencia tiene fines antisociales que van desde comerciar con el dolor a través del sensacionalismo, hasta fortalecer agendas de grupos políticos con intereses ajenos a los de la comunidad juareense. Podemos considerar que este reclamo, a su vez, es ante todo una posición política preocupada por las apariencias, pronunciándose por la censura y la caza de brujas como medida de solución al problema de la mala fama.

Esta voluntad de censura ha sido evidente en el escándalo producido por la canción "Pacto de sangre", de Los Tigres del Norte, dado que en el videoclip que la publicita se dejan ver imágenes que, de acuerdo con sus críticos, hieren la susceptibilidad de los dolientes. Llega entonces a considerarse obsceno e impropio para estos sectores cualquier intento de análisis y denuncia que se haga con respecto a la precaria administración de justicia y la consecuente permisividad del crimen. Ante esta obscenidad (etimológicamente: lo que no es apropiado que salga a escena) se prescribe que la imagen mediática debe someterse a las normas del pudor. Si revisamos la historia de la censura, podemos encontrar que esta molestia ante la exhibición de la ignominia ha sido característica de gran parte de los poderes totalitarios. Reprimendas semejantes se han dado contra personajes ahora encumbrados por su labor humanitaria, tales como el padre Bartolomé de las Casas, quien desper-

taba en su tiempo rabieta semejantes a las que oímos en el presente de quienes se erigen como defensores de la imagen de la ciudad.

¿A quién le molesta o no le conviene que se hable de la violencia de Ciudad Juárez? Sin duda a quienes se ven afectados económicamente por esta mala reputación, como los empresarios de servicios turísticos. En un sentido más amplio, la difusión del conocimiento de la violencia incomoda a quienes se sienten propietarios de la ciudad, los que detentan el privilegio de dominar la esfera pública y desde ahí elevan sus intereses particulares a la categoría de asuntos prioritarios de la colectividad. Este sector cree no ser víctima ni perpetrador de la violencia y sería capaz de negar su existencia si los hechos sangrientos no fueran tan evidentes.

En el contexto del hallazgo de ocho osamentas de mujeres en un campo algodnero en las inmediaciones de Ciudad Juárez en diciembre de 2001 y los operativos policiales emprendidos en respuesta a los reclamos de la ciudadanía, el Subprocurador de Justicia del Estado de Chihuahua, Julio César Portillo Arroyo, en una de sus declaraciones explicó que el grave problema de inseguridad que se registra en Ciudad Juárez tiene tres causas. La primera es el nar-

cotráfico, que ha provocado un elevado número de adictos a las drogas. Otro factor, dijo, es el flujo migratorio, ya que en las calles andan “cientos o miles” de personas sin hogar ni trabajo que producen conflictos. Una causa más, señaló, es el auge industrial que registró la frontera hasta el año pasado, sin que la ciudad estuviera preparada con infraestructura para recibir a miles de personas.

El Subprocurador de Justicia del Estado identifica tres fuentes de la inseguridad: el uso de drogas ilegales, la presencia en las calles de inmigrantes desempleados y el auge industrial. En los tres casos se trata de una ciudad invadida por presencias exógenas. Los verdaderos juarenses —como se autodenomina la población de viejo asentamiento— no acostumbran andar por la zona del centro o del poniente. En uno de nuestros recorridos por Ciudad Juárez, advertimos que por sus calles principales deambula un gran número de indios tarahumaras y mazahuas, lo que motivó mi observación de que la población indígena en esta ciudad era numerosa. Una persona que nos acompañaba repuso: “esos no son los juarenses, los juarenses no son indígenas”. Al igual que el emisor de este comentario, el Subprocurador de Justicia da a enten-

der que el espacio de la calle ha sido invadido por indeseables, como estos indígenas, lo cual supone entonces que se debe temer salir a la calle porque ésta ha sido ocupada por sujetos diferentes. Para el punto de vista oficial, en concordancia con el de un sector que se autodefine como juarenses auténticos, la violencia se circunscribe al ámbito de los desempleados, los viciosos, las sexualidades no convencionales, los inmigrantes y los indígenas. De aquí se desprende que la postura defensiva respecto a la imagen de Juárez desea establecer un deslinde entre lo que consideran el verdadero Juárez —esos “verdaderos” juarenses que han olvidado que también fueron inmigrantes— y los inmigrantes, a quienes a pesar de haberse integrado a la vida económica y cultural de la ciudad, se les sigue desautorizando por su condición de advenedizos. He llegado a presenciar discusiones en las cuales la cuestión es demostrar quién es más juarenses, y con base en ese estatus determinar quién posee mayor autoridad para hablar de la ciudad, como si el hecho de ser nativos los dotara de una especial clarividencia para comprenderla mejor.

No sólo la práctica de la violencia se atribuye a agentes externos, sino también su representación misma. Para esta perspectiva furiosamente xenofóbica, el trabajo crítico en torno a la violencia fronteriza desarrollado por artistas, intelectuales y académicos es en sí mismo un acto de agresión a la ciudad. El argumento preferido es que los críticos de la violencia no toman en cuenta que ésta no es un fenómeno privativo de Ciudad Juárez y por lo tanto se han ensañado injustamente contra ella. Este reclamo no debería implicar, sin embargo, la renuncia a estudiar la violencia en esta ciudad sino, por el contrario, propiciar un proyecto de análisis amplio y desprejuiciado de este fenómeno. Si dejar de hablar de la violencia y renunciar al conocimiento de sus contextos redujera esta problemática, el que esto escribe se adheriría entusiastamente a la campaña pro-imagen de Juárez. Sin embargo, existe una razón ética que me impide apoyar esta posición: el hecho de que esa campaña,

Dossier



**UN FANTASMA
QUE RECORRE
EL MUNDO**
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA





Dossier



UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

lejos de lograr reducir la incidencia de hechos sangrientos, parece estar diseñada para encubrir culpables y disculpar negligentes.